

## CAPÍTULO I: De carne y hueso

Todo está vivo  
tú y yo somos una parte tan pequeña,  
la tierra gira  
cuando nos vayamos seguirá girando.

*De carne y hueso, Eva Amaral y Juan Aguirre.*

Una vez en la acera permanecí unos segundos inmóvil.

No sabía hacia dónde ir, no tenía prisa, tampoco tenía tiempo, ¡qué incongruencia! No tenía rumbo previsto y no tenía ni idea de hacia dónde quería dirigirme ni para qué.

El sol se deslizaba por mi espalda, la vida por mi cara, y ambos brillaban en mi pelo solo cuando me quitaba el sombrero. Ya no era un ángel, ya no era tu ángel de la guarda, volvía a ser un simple ser de carne y hueso, un simple mortal de mortal simplicidad, el recuerdo de un regalo del pasado que la vida terminó envolviendo en papel de estraza. Me sentía desnudo sin mis alas, me sentía frágil frente al viento y a pesar de todo no sentía miedo. Todavía.

Fui hacia donde me encaminó el desatino de mi destino, caminé unos pasos sintiendo en mi cuerpo el frío de esta incierta primavera y el zarpazo de este estúpido e imparable cambio

climático. Caminaba la mañana, caminaba yo por su sendero y más allá del aire fresco se percibían ruidos de vidas ajenas. La brisa arrastraba aromas de humo negro y esperanza gris, pero mecía suavemente las hojas de los viejos árboles del paseo..., y de repente lo vi.

No sé muy bien cómo describirlo, a pesar de tenerme por escritor son demasiadas las veces en que termino quedándome sin palabras. No sabría describirlo o quizá sí. Eran libros, libros perdidos como cerezas en un cementerio, libros expuestos en cualquiera de sus dos acepciones, libros abandonados o tirados sobre una manta. El desordenado acervo de obras parecía estar en venta y claro, ¿cómo iba yo a resistir la tentación? Me acerqué. No había títulos interesantes a primera vista, estuve a punto de marcharme, el batiburrillo no invitaba a seguir buscando entre aquellos volúmenes, pero entonces vi un papel con unos dígitos garabateados: 0,50.

¿Un libro cincuenta céntimos? ¿Cómo desaprovechar esa oportunidad? Me agaché y rebusqué, tomé algunos, los ojeé y acaricié, alcé la vista y comprobé que el dueño, el vendedor, no se acercaba a mí para recibir su dinero. Supuse que estaría cerca, observando y que cuando finalmente me decidiera por algún ejemplar y me levantara con libros en la mano dispuesto a marcharme se acercaría a cobrar.

Elegí dos, dos clásicos, bueno o tal vez no tanto. Esos dos libros costarían en realidad no menos de cuarenta euros, uno de ellos era una edición especial del 75, otro era antiguo, o viejo, no era una edición especial y no obstante seguro que costaba más de medio euro.

Me levanté con ellos en la mano, acaricié sus portadas, sus lomos, sus guardas, paseé mis dedos por sus hojas amarillentas de tiempo, inactividad y nostalgia.

Nadie se acercó.

Miré a mi alrededor, a unos pasos de la manta, mal atado en una farola, un carro viejo de la compra con enseres, bártulos y una buena capa de mugre acumulada. Cerca de la manta que sostenía los libros, una caja de cartón con un paraguas roto, un guante, unas bolas azules que tal vez fueron, hace siglos, parte de la bisutería de un collar barato... en un banco algo retirado, un señor sentado me observaba detrás del cristal de unas gafas oscuras, inmóvil, silente y con las manos en los bolsillos. Intuí que sus ojos me miraban tras el baluarte de los oscuros cristales; o era el vendedor o un ocioso que se entretenía a mi costa.

—¿Son suyos los libros? —pregunté señalando a la manta, mirando hacia donde él se encontraba.

—¿Míos? ¡No, qué va!, yo estoy aquí tomando el sol —me dijo con sorpresa, casi con indignación porque le hubiera confundido con el dueño de aquel acervo de obras escritas.

—Es que quería comprar estos dos ejemplares y no sé de quién son.

—Ni idea —dice encogiéndose de hombros y tomándome por tonto, apreciación esta última en la cual estoy seguro de que no se equivoca.

Una vez en la tesitura y el desconcierto de este lado de la acera tenía varias opciones: irme con los libros elegidos y nada más; poner un euro en la caja y marcharme con los dos libros; dejar los libros y marcharme; tomar los libros y sentarme a esperar.

Eso último fue lo que hice, con la paciencia de quien no tiene nada que hacer o con la del que lo tiene todo hecho ya, me senté en el banco junto al otro señor y esperé.

*No amanece por nada.* La casualidad no existe, todo lo que sucede ocurre por alguna razón.

Mientras esperaba tuve tiempo de pensar y de observar, dos prácticas prácticamente excluidas de nuestras maravillosas

vidas modernas y sus inherentes prisas y agobios. En primer lugar, observo que estoy en una calle céntrica de Madrid y miles de personas deambulan por ella, y sin embargo nadie se para a mirar los libros, a nadie le llaman la atención, pasan desapercibidos mimetizados con el asfalto del mismo modo que el sonido de las hojas de los árboles agitadas por la brisa y sus tímidos susurros se diluye entre el rugido de motores de los coches. En los veinte minutos que permanezco sentado solo dos personas se detienen, dedican poco tiempo, unos segundos apenas, miran por encima, casi de soslayo, no llegan a agacharse y mucho menos a tocar los libros. Miran desde su insulsa atalaya y se marchan. Nadie tiene tiempo ni tan siquiera de curiosear. ¿Tan poco interés tienen los libros que no captan la atención de nadie? ¿Ni a cincuenta céntimos de euro son capaces de resultar atractivos? Recordé un artículo que escribí hace un tiempo para una revista en el que alguien se llevó una bolsa de libros tirados en la basura. Se llevó la bolsa, no los libros, vació la bolsa y se la llevó, considerándola más valiosa que los libros que contenía que quedaron allí, sin duda por ser considerados una carga demasiado pesada. ¡Patético!

Mientras esperaba, pensaba y observaba, tuve tiempo de desesperar.

Como lector me siento frustrado, pero como escritor me siento absolutamente derrotado, mi próximo libro que no tardará en publicarse se venderá a dieciocho euros, y aquí, delante de mi estupefacta mirada, tirados en el suelo, hay un Quijote, varios Balzacs, algún Guy de Maupassant, y al menos un Flaubert, obras y escritores con los cuales ni sueño competir, y al ridículo precio de cincuenta céntimos, diecisiete euros y cincuenta céntimos más baratos que el mío, y a nadie parece interesar su contenido, y me pregunto: ¿a quién puede interesar el mío, mucho más caro y con menos calidad literaria? Y me respondo en voz alta:

—A menos personas de las que se interesan por esos de ahí. A nadie. Ilusión mal invertida. Libros perdidos. Cerezas de cementerio.

Mi voz ha debido despertar a quien está a mi lado, o molestarlo, o sacarlo de algún modo de su ensimismada pasividad.

—Bueno, yo ya me marcho —dice el señor pasmarote que está tomando el sol.

—Vale, yo voy a esperar un poco más, mal negocio va a hacer el vendedor de libros si se marcha dejando aquí su mercancía.

—A mí me da igual —dice encogiéndose de hombros de nuevo y como despedida definitiva.

Le da igual; le da igual que el hombre haya llegado a la luna, él no la necesita, se conforma con tomar el sol; le da igual si estalló una bomba nuclear, su boina de humo no oculta el sol que él toma y lo puede seguir tomando siempre que no estalle otra más próxima en tiempo y en espacio; le da igual si las torres gemelas se cayeron o el edificio Windsor se quemó, el tibio sol de primavera le sigue calentando su piel, sus huesos y su absoluto desinterés.

Pasa el tiempo, se me hace tarde porque no tengo que ir a ningún sitio, pero me tengo que marchar ya y todo sigue igual. El vendedor no aparece y yo me debería ir yendo ya. Decido irme, me molesta tener que dejar los libros después de encariñarme con ellos. Pienso por un momento en dejar el dinero en la caja, aunque me molestaría que alguien lo robase. Busco en mi cartera, no tengo suelto, solo dos billetes grandes. Decido dejar los libros y marcharme y olvidarme ya de mis tonterías relacionadas con los libros, que son muchas y muy variadas; así lo hago, los dejo donde estaban, vuelvo a mirar a mi alrededor, el paisaje no ha cambiado, con resignación, con desdén y sin literatura me marcho.

Vuelvo la vista atrás varias veces, nada, nadie se acerca a los libros, están más seguros abandonados en medio de la acera que las joyas de la corona custodiadas por todos los ejércitos, pueden quedar ahí por los siglos de los siglos y nadie se acercará a ellos, parece que ni a su propietario le interesan.

Me alejo, triste por el poco interés que los libros causan en las personas de mi época, triste por haber tenido que desprenderme de dos libros con los cuales ya había establecido un vínculo afectivo, triste por no tener más que billetes y ni una sola moneda en mi cartera, triste por parecer rico en mi pobreza, triste por no tener tiempo ni libertad suficiente para quedarme aquí sentado todo el día tomando la brisa sin pausa y sin prisa y viendo cómo el suave viento agita las hojas de los libros y de los árboles, esperando al vendedor, fingiéndome vendedor de esos libros y cobrando por su venta si es que se dejase caer algún cliente por el área de influencia y entregar el dinero obtenido a su legítimo dueño al final del día cuando la noche se tragara a esta absurda ciudad y a la insolente incultura de su urgencia...

Tristes prisas, tristes, tristes, si no son por amores o por cultura.

Triste.

Camino cabizbajo y algo apesadumbrado, en un instante alzo la vista y mis ojos que aún saben leer, leen un rótulo, *Café El Almirante*, no he tomado café esta mañana, todavía no he desayunado, ¡claro, con las prisas de no tener nada que hacer! Voy a tomar uno y de paso a cambiar mis billetes grandes por algo más asequible y más manejable y más acorde a mi condición de trabajador perteneciente a la clase media.

—Cobre cuando pueda por favor —digo a un camarero de los tres que hay detrás de la barra.

Un cliente, tres camareros, un euro con cincuenta el café, el triple que un libro, el triple de trabajadores que de clientes.

En esta vida absurda todo es por triplicado, hasta el desengaño. Tomo el dinero que me sobra contemplando absorto lo que sobra y salgo a la calle, voy directo a la manta, que sigue igual que hace media hora, a solas con un acervo solitario de libros desordenados que aguardan dueño como un perro abandonado, como cerezas que maduran dentro de la valla que delimita el silencio de un cementerio.

Tomo de nuevo mis dos libros, ya son míos, lo acabo de decidir, no me iré sin ellos, ni ellos se quedarán sin mí. Espero por si apareciera el vendedor, porque pienso que si alguien vende estas joyas a este precio es porque está en un mal momento o por completo desesperado y me quedo esperando por si puedo ayudarle a sobrellevar el día y a navegar la vida, me quedo aguardando con la sola esperanza de poder aliviar su tormenta y su zozobra. Media hora más y nadie se acerca, ningún cambio.

Y tengo que irme yendo ya, ya llego tarde a ninguna parte, a ninguna cita, llego tarde donde nadie me espera. Escribo en una servilleta de papel del bar donde tomé café unas letras dispersas. *Te cojo dos libros, te dejo dos euros*. Dejo la servilleta y una moneda de dos euros en la caja y la tapo con el guante, no me gustaría que alguien ajeno a los libros los cogiera, los libros no corren peligro, pero el dinero seguro que sí.

Veo a un jardinero trabajando cerca.

—¿Sabe de quién son estos libros?

—No, no me he dado cuenta de quién los ha traído, pero llevan un buen rato ahí, tirados.

—He cogido dos libros y he dejado el dinero en la caja, es que no me gustaría que alguien..., ya sabe, se los llevara. No los libros, que parecen seguros y totalmente a salvo de cualquier tipo de delincuencia, me refiero a los dos euros.

—Hombre, no creo que haya gente así.

—Bueno, yo sí lo creo, si me hace el favor mientras trabaje por aquí de dar un vistazo, y si aparece el dueño, dígame que le he dejado en la caja el dinero, por favor.

—Estaré por aquí media hora más, descuide, si veo a alguien haré lo que me pide.

—Gracias. Adiós.

Una vez en casa permanezco unos segundos inmóvil, mirando las portadas, los títulos, el deterioro del paso de los años que se ha instalado en las obras, rozan mis dedos el relieve de los tejuelos y... abro los libros y empiezo a leer, y es entonces y solo entonces cuando me doy cuenta de que en la primera página de uno de ellos hay una inscripción escrita a bolígrafo. Una fecha 22-V-75, y un nombre, José Luis Checa. Un poco más adelante, en la página 50, un marcapáginas, bueno, en realidad no lo es, se trata de un cartón adhesivo con la promoción de un disco y un grupo de música, Amaral, *Gato negro - Dragón rojo*. Por detrás del adhesivo, que no se ha adherido nunca y posiblemente jamás se adherirá, un número de teléfono móvil. Un número de teléfono móvil al que el anterior dueño del libro ya nunca llamará a menos que lo haya memorizado.

Si yo todavía fuera un ángel del cielo, si yo todavía fuera tu ángel de la guarda, si fuera un escritor con un mínimo de imaginación y de habilidad narrativa, estos pequeños y absurdos detalles activarían la maquinaria.

Un resorte se encendería en mi cerebro, mis retinas comenzarían a buscar palabras y una novela empezaría a nacer, si yo fuera quien debería ser, pero no soy.

Un nombre y una fecha que pueden ser un enigma si alguien les presta la atención adecuada, si alguien los colorea con las frases apropiadas. Un adhesivo con un número de teléfono móvil anotado que puede constituir un indicio o el inicio de la solución de un misterio. Si yo fuera un ángel del cielo,



o de la guarda, o un escritor mortal de este planeta, marcaría de inmediato los dígitos de esa pegatina en el teclado de mi móvil y empezaría una aventura, porque *no amanece por nada*, porque la casualidad no existe, porque todo lo que sucede ocurre por alguna razón y todos los días nacen para que algo ocurra en ellos.

Sin embargo, no lo soy, no me siento ángel del cielo, ni de la tierra, no me siento escritor de la tierra, ni del cielo.

No lo soy.

Solo soy un libro perdido, escrito de corazón, pero perdido, una cereza nacida en el cementerio, un escritor en eterna construcción, un ser de carne y hueso que toma historias prestadas de otras personas porque es incapaz de vivir y protagonizar la suya propia, un ángel sin libro, un escribidor sin cielo, una novela incompleta, un loco soñador que no deja de meter la pata cada vez con mayor profundidad, una cereza tardía que madura cuando todos los comensales ya están ahítos y ni quieren ni pueden degustarla.

Solo soy de carne y hueso. Tal vez solo por eso, porque soy imperfecto, todos mis errores, todos mis defectos, todos mis pecados me sean perdonados un día que con ese fin amanezca.